

Bajo el signo de la improvisación

Normalmente los aniversarios se toman como ocasión de fiestas y celebraciones. También pueden ser ocasión para detenerse un momento a reflexionar, hacer un balance de lo que se ha hecho y dejado de hacer. Cuando se trata del primer año de la primera experiencia de gobierno del actual equipo ejecutivo, sería, al menos, imprudente dejar pasar esa ocasión de hacer un examen sincero y de tomar las decisiones que permitan rectificar el rumbo.

La principal característica de este primer año de gobierno, el signo que representaría la sensación que sentimos y percibimos en el país, es la improvisación. Desde diversos y hasta contradictorios sectores de la sociedad venezolana se capta la impresión de la ausencia de una idea clara de hacia dónde se va y, sobre todo, por dónde se quiere ir. Algo así como si el llegar al gobierno hubiera sido una inesperada casualidad que no se había preparado, y no ha quedado más remedio que ir enderezando las cargas una vez que se ha echado a andar.

A decir verdad, no podía ser de otra manera. Todos sabemos que algunos sectores del partido de gobierno nunca creyeron en la posibilidad del triunfo de Luis Herrera. Pero ese no es el problema. Otros sectores del partido y de la sociedad venezolana sí creyeron y construyeron paso a paso el triunfo electoral. El problema es más de fondo. Incluso se puede hablar que es un problema del estilo socialcristiano de enfrentar la política venezolana. Se tienen claros los principios y su fundamentación filosófica, incluso los objetivos globales. Además se cuenta con el deseo, motivación y voluntad para ponerlos en práctica. Falla, sin embargo, la capacidad operativa. La capacidad de convertir esos principios y deseos en planes concretos realizables en el corto período de cinco años de gobierno y en las condiciones concretas del país, en el que existe una determinada correlación de fuerzas sociales.

La elaboración del programa de gobierno, antes de las elecciones, es una demostración de ese estilo. Realmente no se hizo un programa. Se elaboraron y difundieron "papeles de trabajo" por sectores específicos, sin que se armonizaran los distintos sectores y sin que se establecieran planes operativos para la puesta en práctica de esas ideas. Ni mucho menos se establecieron prioridades reales y no sólo declarativas. Los "largos" tres meses de transición entre la elección y la toma del poder no bastaron para llenar ese vacío.

La impresión es que esta situación se ha agravado con el paso del primer año de gobierno. Habría que preguntarse si ha bastado este año para llenar el vacío de planes operativos o, más bien, la situación se ha agravado al enfrentar sin planes coherentes, los diferentes sectores de la actividad nacional y sus problemas cotidianos.

En el aspecto económico el gobierno empezó con un diagnóstico de la situación de la economía nacional bueno y valiente que quedó acuñado en aquella frase del discurso presidencial "recibo una Venezuela hipotecada". El diagnóstico revelaba "recalentamiento" de la economía por la exagerada velocidad que se le imprimió a los sectores productivos básicos y el inmenso aumento de las importaciones, que llegó al punto de arrojar una balanza de pagos deficitaria en 1978.

Las exageradas dimensiones de la Gran Venezuela impulsada por el gobierno de C.A. Pérez, supuso un desproporcionado endeudamiento interno y externo, desató presiones inflacionarias e hizo prácticamente inoperantes los controles sobre la liquidez monetaria, los precios, subsidios, etc. ...

Sin embargo, a un buen diagnóstico se respondió con medidas económicas sacadas de los libros de la corriente neoliberal del pensamiento económico, sin antes verificar si las condiciones del modelo teórico guardan algún parecido con las condiciones de la estructura económica del país. De esta manera se aplicó la medicina liberal al esquema económico venezolano donde no funciona un mercado libre sino una oferta controlada por pocos grupos, unos sistemas de distribución "enroscados" y una demanda irracional de bienes superfluos, tendiente más a la diversificación por la cual los mismos grupos elitescos consumen más productos, que a la expansión mediante la cual se incorporen las masas populares al consumo de bienes básicos.

Mueven también a reflexión las relaciones del gobierno con los empresarios privados. Tanto las posiciones personales de Luis Herrera antes de la elección, como alguna de sus apreciaciones en el discurso de toma de posesión parecían indicar una nueva actitud ante los empresarios privados. Habló de "empresas débiles de empresarios poderosos, industrias al borde de la quiebra que pertenecen a industriales opulentos". También manifestó la voluntad de impedir que la prosperidad empresarial se hiciera a costa de los dineros del Estado y no como fruto del trabajo tesonero y las mejoras en la productividad. Igualmente parecía existir conciencia del poder que otorga la dirección del Estado para usarlo sin necesitar aspavientos y "sin asustarse con el fantasma que el mismo Estado se crea" respecto del poder e imprescindibilidad de los empresarios. Sin embargo, nuevamente se ha repetido el fenómeno: furiosos ataques verbales contra los empresarios, quizá para "asustarlos", pero de hecho las medidas económicas a quien favorecen directamente es a los intereses de esos mismos empresarios.

La política económica del gobierno, hasta ahora, presenta graves contradicciones con las consecuencias que se siguen del diagnóstico realizado y presentado al país. El aumento de los precios petroleros puede producir un fenómeno similar al que se produjo en el período de C.A. Pérez. No se conoce ningún plan para el uso racional, de acuerdo a los objetivos señalados, de los varios miles de millones de dólares adicionales provenientes de los aumentos acordados en los precios del petróleo. Tampoco conocemos planes operativos destinados a reorientar las inversiones o un verdadero plan alternativo de inversiones del Estado. La crítica al camino emprendido de la industrialización básica, no se ha convertido en una redefinición de esa política. El aumento proporcional del gasto corriente y del servicio de la deuda pública mantienen las tendencias de período anterior. En este sentido conviene recordar cómo, dadas las magnitudes y complejidad de la economía venezolana, para que una medida surta efecto es necesario un tiempo relativamente largo, con lo cual puede preverse que si la cacareada reorientación de la economía lleva un año de retraso se está amenazando la posibilidad de efectuarla en el resto del período constitucional.

En lo político podemos reconocer que Luis Herrera ha impuesto un estilo de gobierno muy suyo. Ese estilo tiene una faceta exterior en el hombre enigmático, que contesta con refranes o frases ingeniosas que más es lo que insinúan que lo que dicen, en su mirada vivaz y la parsimonia de quien está "tranquilo y sin nervios". Tiene también otras facetas más profundas. Intenta seriamente modificar el presidencialismo centralizador que ha acostumbrado al país a que todas las decisiones, pequeñas o grandes, las debe tomar el Presidente quien, por consiguiente, está obligado a saber de todo y a recibir información detallada hasta de las cosas más insignificantes o rutinarias que dependen de la administración del Estado. El Presidente Herrera ha venido imponiendo una forma de gobierno en la que delega en los Ministros u otros responsables de determinados sectores las decisiones para resolver los problemas que se presentan o para llevar a cabo los planes de desarrollo. Ese estilo es, sin duda, un paso en la maduración de nuestro Estado. Sin embargo, el balance de ese año no resulta tan alentador. La descoordinación e incluso los enfrentamientos entre unos ministerios y otros, y entre niveles dentro de un mismo Ministerio, ha sido otra característica del actual equipo de gobierno. El estilo menos presidencialista necesita que el gabinete ejecutivo y los gabinetes de los ministerios sean auténticos equipos de trabajo, fundamentalmente unificados por la unidad de criterios y un plan a poner en práctica. Todos sabemos que el actual equipo de gobierno no reúne esas características. Su formación fue difícil y, al parecer, fruto de numerosas negociaciones y compromisos. El resultado ha sido un gabinete que no es equipo, que no posee unidad de criterios ni planes comunes a realizar. El estilo del Presidente agudiza, entonces, una marcha descoordinada de la acción del gobierno.

Otras dos consideraciones es necesario hacer para esbozar un balance político del primer año de gobierno. Ha sido notoria la ausencia de una política parlamentaria coherente e impulsora de la acción del ejecutivo.

Y, en segundo lugar, la peculiar situación de las relaciones entre el gobierno y el partido. En cuanto a la primera llama la atención que el primer gobierno que tiene un Ministro de Estado para las relaciones con el Parlamento y cuyo partido es una importantísima fuerza parlamentaria, no haya podido establecer relaciones coherentes entre el trabajo parlamentario y la acción Ejecutiva ¿Debemos señalar de nuevo a la improvisación como razón explicativa?

Las relaciones con el partido han sido por lo menos "tormentosas". Lo primero que debemos recordar es la tensión interna existente dentro de COPEI desde antes del triunfo electoral, agravada por éste y por la composición del gobierno. Lo segundo es la fiebre electoral que se apoderó del partido: se empezó por las elecciones nacionales, se siguió con las municipales, luego el traumático proceso interno, luego las sindicales, estudiantiles, profesionales... en fin, elecciones a tiempo completo. En tercer lugar, la toma del poder interno del partido por la corriente adversaria al "herrerismo" y el necesario reajuste de relaciones internas y con el gobierno que esto ha llevado. Todos estos factores han incidido fuertemente en la posibilidad de poder realizar un gobierno eficaz desde el primer día del período constitucional.

En fin, al terminar el primer año quedan las esperanzas disminuídas. Menos tiempo por delante, menos expectativas populares, cicatrices o heridas aún sensibles... Las perspectivas que presenta el proceso del VI Plan de la Nación no son muy alentadoras. La exigencia fundamental es cambiar radicalmente el signo de la improvisación y dar los pasos para hacer en los cuatro años restantes un gobierno con metas y programas operativos. Eso es lo que queda como esperanza.